



**LA VIII CONFERENCIA DE UNESCO**

(Fotografía del S. de I. y P. de la Intendencia Municipal)

A partir del día 12 de noviembre próximo comenzará en el Palacio Legislativo la VIII Conferencia Internacional de Unesco, en la que participarán 72 Estados miembros. Para adaptar el salón de Pasos Perdidos a esos fines, se están realizando las obras necesarias en el hermoso monumento arquitectónico, cuya fachada reproducimos.

# Cuerpo y Espíritu



La cascada de "El barco a pique", en el Salto Grande, es el paraíso de los pescadores. Allí se dan el surubí, el patí, el dorado sabroso, el maguruvú, y otros peces de renombre.



En esta meseta Juan Díaz de Solís fue ultimado por los charrúas en 1516.



Bajo este higuera venerable de la Agraciada, la tradición cuenta que Lavalleja arengó a los Treinta y Tres.

Río Uruguay lejano,  
patriarca de mi infancia sanducera;  
mi recuerdo y mi mano  
bendicen tu ribera:  
lleno eres de gracia verdadera.

EL río Uruguay es el gran desconocido de la geografía nacional. El gran desconocido y el gran olvidado, porque tanto del punto de vista económico como del estético, el río paterno no figura en programas de las actuales generaciones de uruguayos.

Y sin embargo, el río Uruguay no solamente nos ha dado su nombre, sino que fue el árbol poderoso por donde la patria trepó hacia el norte y por donde descendieron hacia el sur las primicias de nuestra riqueza naciente. Eje arqueológico, columna histórica y vivero de paisajes, el viejo río es ignorado por los montevideanos meridionales, por los turistas del Este y por sus propios ribereños. Dentro de poco, cuando vengan los delegados de la cultura mundial a la reunión de la UNESCO, les mostraremos toda suerte de genialidades, incluso las de la tradicional viveza criolla, pero con seguridad que poco o nada les diremos del río epónimo. Si en algo puede restañar una larga conspiración de silencio mi humilde tributo de hombre nacido en sus márgenes, aquí van la restauración de un prestigio que aún arde bajo la ceniza de la indiferencia solariega y la exaltación de una belleza que zurea en mi nostalgia como torcaza de la melancolía.

Para comenzar con el nombre de las cosas, como en el Génesis bíblico, digamos que el Adán indiano de estas regiones había designado al río con la dulce voz guaraníca *uruguái*. Todo marchó bien hasta que llegaron los filólogos y se preguntaron qué significaba la palabra. Entonces comenzaron las divergencias, como en todas las repúblicas de sabios.

Los lingüistas descubrieron en primer lugar, que entre los distintos vocablos más o menos sinónimos *urusay*, *hur-ay*, *croy* y *uruait*, recién hacia el año 1700 había primado la actual grafía.

Luego comenzaron a barajar etimologías. Para unos fue el "Río de los pájaros", generalizando ornitológicamente la particularización de Azara, que hacía derivar el nombre de *urú*, una gallinácea selvática (*Odontophorus capueira*); *guá*, lugar o comarca, e *i*, agua. "Río de la región o del país de los urúes", significaría entonces el nombre de la caudalosa corriente, aunque sin duda es más poética la designación de "Río de los pájaros".

Cabrer, el demarcador de límites, fija otra etimología. Uruguay quiere decir "Río de los caracoles", de *uruguá*, caracol fluvial del género *Ampullaria*, e *i*, agua. El general José María Reyes apoya esta acepción pero en sentido metafórico, pues como el caracol tiene una espiral complicada y el río posee un curso sinuoso, Uruguay equivaldría a "Río de las vueltas".

Batista Caetano y Almeida Nogueira, por su parte, lo hacen provenir de *iruguay*, esto es, "Río del canal".

Al final de todo este viaje etimológico, no hemos aclarado mucho. No nos preocupemos más, aceptemos la música simple de las vocales guaraníes y busquemos otra certidumbre en el propio curso del río indio.

El río Uruguay no es exclusivo patrimonio de los orientales. Nace en el Brasil, separa a éste de la Argentina desde la desembocadura del Pepirí Guazú hasta la barra del Cuareim y a partir de aquí sirve de frontera entre la Argentina y nuestro país.

El curso del río Uruguay semeja la hoja de un sable corvo, como aquellos que esgrimieron los varones de la Independencia, cuya punta se clava en las selvas del sur del Estado de Santa Catalina y cuya empuñadura reluce engastada por las islas de su curso inferior.

En su extenso camino de 1500 kilómetros sufre, tanto en su lecho como en sus márgenes, vicisitudes que le van confiriendo sucesivas fisonomías a medida que desciende, serenamente a veces y coléricamente otras, hacia el bien bautizado Mar Dulce y mal apodado Río de la Plata.

Desde su origen casi, el río epónimo comienza a desmentir el conocido aforismo de Pascal. El Uruguay, en efecto, como casi todas nuestras corrientes de agua, no es un camino que anda, sino que tropieza. Su duelo con la geología que irrumpe agresivamente llevando en su brazo un escudo de basalto, mella en varias ocasiones el filo de su espada fluvial. En el río de las Canoas, uno de los genitores del

# del Río Uruguay

Uruguay, junto con el río Pelotas, cerca de los 27 grados de latitud sur, ya se despena desde 10 metros de altura. Azara describe las penurias del izamiento de sus pequeñas embarcaciones, en medio de espesas boques y bajos soles implacables, desde la parte inferior a la superior de la primera catarata.

Como el Nilo legendario, el río Uruguay tiene también seis cataratas, pero distinto destino cultural. El río africano fecundó una de las grandes civilizaciones agrarias del viejo mundo; el río americano, mucho más humilde, será el abrevadero de las tribus errantes, de los ganados innumerables y de los colonos esperanzados. Los saltos que se suceden a partir del tropiezo inicial son los de Mberuy, Butuhy, San Gregorio, Salto Grande y Salto Chico. Pero no tienen mayor entidad. Cuando crece el río y en su fondo se arremolinan los caracoles muertos y las chinillas de ágatas castañetean sus dientes minerales, las jangadas de pino Brasil salvan las cataratas convertidas en correderas con un leve cabeceo espumoso, con una reverencia deportiva. En las cascadas de Salto termina el Alto Uruguay, musculoso y turbulento. A partir de allí y hasta Fray Bentos corre el Medio Uruguay, que bien podría llamarse el jubileo de las islas, y desde Fray Bentos hasta Punta Gorda se extiende el último segmento de la gran serpiente acuática, el del anchuroso y solemne Bajo Uruguay.

El paisaje que margina nuestro río no tiene tradición pre-hispánica. Los indios de sus márgenes no construyeron templos, ni edificaron ciudades, ni diseñaron caminos. Eran pescadores y alfareros, cazadores y recolectores, criaturas elementales, ternas y sombrías. Cuando el español se acomodó en las aguas salvajes, y en las orillas hurafas del río Uruguay, no halló más que árboles pujantes, que jaguares veloces, que tribus taciturnas, que desamparo prehistórico.

Los ríos europeos poseen en sus márgenes restos de acueductos romanos, burgos medievales, palacios del Renacimiento, vidios del siglo XVII, monasterios barrocos y pabellones románticos. Las sucesivas floraciones históricas han dejado su huella en sedimentaciones superpuestas. Vegetación, sembraderas, caminos y puentes revelan la maceración sutil del tiempo, el hojaldrado de las culturas, el trabajo milenarío de los hombres. Son paisajes prestigiosos y evocadores, que a veces dicen más con el silencio de sus ruinas que con el bullicio intelectual de su vida contemporánea.

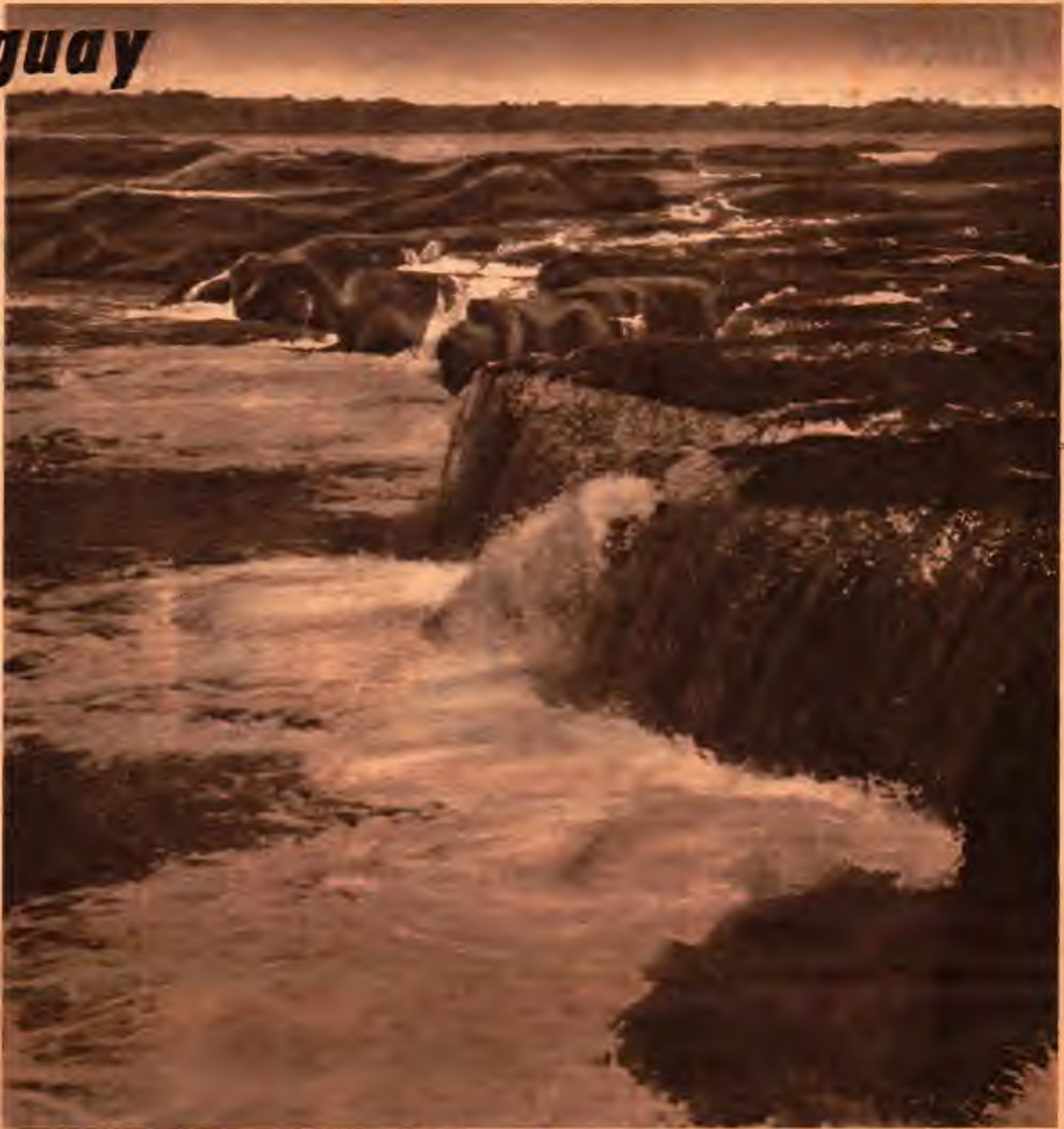
En cambio, nuestro río era un escenario casi virgen hasta comienzos del siglo XIX. La civilización colonial apenas modificó su panorama con puertos pequeños y casonas blanqueadas; la civilización moderna, en revancha, lo ha salpicado de industrias que utilizan el ferrocarril para el transporte de sus productos de ciudades que se comunican automovilísticamente con Montevideo, de colonias agrícolas que le dan la espalda a sus aguas y en un futuro próximo piensan cautivarlo con una represa para domesticar su enorme energía.

Nuestro río merece ser conocido con plenitud afectuosa y certidumbre cordial. Hoy emprendemos un itinerario a lo largo de sus paisajes. En etapas sucesivas lo iremos descubriendo desde su pasado indígena hasta su presente agrario y urbano.

Nos aguarda el mensaje de su flora, el vuelo de sus pájaros, el sueño de sus peces, la historia de las navegaciones, el fervor de sus posibilidades económicas, el largo estremecimiento de su alma. Viajemos por él en trance de aprendizaje y de amor. Descorramos el velo de sus nieblas matinales, ardamos con sus aguas en los mediodías de fuego, sorprendamos el secreto de sus tardes jubilosas. Es el río nuestro. Somos sus hijos, las plantas brotadas de su humedad, las criaturas amparadas por su fortaleza. No renegemos de su herencia viril, de su docencia profunda. Escuchemos el ritmo de su corazón agotado por los estiajes y exuberante en las crecientes, busquemos en las islas el perfume de antiguas leyendas, sintamos en su voz la palabra de los dioses. El patriotismo verdadero no consiste en proclamar los mejores, sino en conocer lo nuestro y ubicarlo en su escala exacta para decirle a los que vienen detrás: este es nuestro pedestal de tierra y agua, nuestro lote planetario; sólo podemos acrecentarlo hacia dentro, con la raíz de la meditación, y hacia arriba, con la flor de la gracia.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DÍA).



El Salto Grande del Uruguay, despeñadero de las aguas heridas por los dientes del basalto, y canto perenne a la belleza del río. es todavía un arcano para muchos orientales.



Paysandú abre la blanca sonrisa de su puerto en las márgenes del río paterno.